

Pero, Cristo pagó el precio de nuestra libertad. Ese precio fue su propia muerte. Eso es lo que quiso decir Isaías cuando escribió: “El castigo que sufrió nos trajo la paz.” La muerte de Cristo nos trajo la paz.

Las manchas del pecado duran toda la vida... y aun más. Solamente aquel que no pecó podría limpiar esas manchas. Por eso, Dios envió a Su Hijo.

Cristo vino al mundo y vivió una vida santa, sin pecado. Su muerte injusta abrió el camino al perdón. Su sangre inocente nos puede limpiar de todas las manchas del pecado, dejándonos santos como Dios es santo. Nos permite ser adoptados como miembros de la familia de Dios.

El apóstol Pablo escribió: “Pues por la fe en Cristo Jesús todos ustedes son hijos de Dios, ya que al unirse a Cristo en el bautismo, han quedado revestidos de Cristo.” (Gálatas 3:26–27) Al participar simbólicamente en la muerte de Cristo, comenzamos una nueva vida como hijos de Dios.

Esas son las buenas nuevas de Dios: por medio de Cristo y su muerte, Dios hizo que todo creyente pueda tener una relación completa con él. Hizo disponible el don de la vida sin fin.

El día en que Cristo murió, un hombre salió libre. Digno de la muerte, recibió la vida. Digno del castigo, recibió libertad. Digno de todo el peso de la justicia, recibió la misericordia.

El día en que Cristo murió, un hombre salió libre. Yo soy ese hombre. Usted también.

© Autor: *Timothy Archer*



Un hombre salió

Iba a ser rápido. Facilísimo. Por la fiesta de los judíos, el gobernador romano iba a soltar un prisionero.

Solamente había dos bajo consideración. Uno era terrorista, acusado de asesinato. Todo el mundo sabía que era culpable.

El otro no tendría que haber estado ahí. Arresto fraudulento. Las acusaciones en su contra tenían que ver con la religión de los judíos. ¿Qué tenía que ver con el gobierno romano? El gobernador pensaba soltar a éste, complacer a la gente, y evitar un juicio ridículo.

Salió para hablar con la multitud. De a uno, comenzaron a gritar “¡Libere a Barrabás!”



Heraldo de la Verdad
P.O. Box 2439
Abilene, TX 79604
325-698-4370 • 800-234-7995
Fax: 325-691-5736

¿Barrabás? ¿El terrorista? Un hombre como él no podría salir libre. La gente estaba confundida.

“¿Y qué voy a hacer con Jesús, llamado el Cristo?” preguntó el gobernador Pilato.

“¡Crucifíquelo!” gritaron.

No queriendo agitar al pueblo, Pilato soltó a Barrabás y condenó a Jesús a que muriera en la cruz.

La muerte de cruz era una muerte terrible. Era una tortura pública, una muerte lenta, humillante, y dolorosa. La crucifixión era la expresión máxima de la crueldad.

En ese día transcendental, el culpable salió libre, mientras el inocente sufrió una muerte horrenda.

Barrabás, el criminal perdonado, es un hombre interesante. Su nombre se compone de dos palabras hebreas: *bar* y *abbas*. Juntas, quieren decir “hijo del padre.” El nombre Barrabás significa “Hijo de su padre.” En cierto sentido, representa a todos nosotros, pues todos somos hijos de nuestros padres.

El día en que Cristo murió, un hombre salió libre. Asesino. Terrorista. Una amenaza para la sociedad.

El día en que Cristo murió, un hombre salió libre. El culpable recibió perdón. El inocente recibió la muerte.

El día en que Cristo murió, un hombre salió libre. Digno de la muerte, recibió la vida. Digno del castigo, recibió libertad. Digno de todo el peso de la justicia, recibió la misericordia.

El día en que Cristo murió, un hombre salió libre.

Yo soy ese hombre.

Cristo murió por los pecados que yo cometí. Yo merecía la muerte. Yo merecía el castigo. Pero recibí perdón y libertad.

Siglos antes de Cristo, el profeta Isaías escribió esto acerca de la muerte de Jesús:

Y sin embargo él estaba cargado con nuestros sufrimientos,

estaba soportando nuestros propios dolores. Nosotros pensamos que Dios lo había herido, que lo había castigado y humillado. Pero fue traspasado a causa de nuestra rebeldía, fue atormentado a causa de nuestras maldades; el castigo que sufrió nos trajo la paz, por sus heridas alcanzamos la salud. Todos nosotros nos perdimos como ovejas, siguiendo cada uno su propio camino, pero el Señor cargó sobre él la maldad de todos nosotros. (Isaías 53:4–6)

Fíjese cuántas veces Isaías habla de nosotros, usted y yo. Fíjese cuántas veces usa palabras como *nuestros*, *nuestras*, y *nosotros*.

Nuestros sufrimientos. Nuestros dolores. Nuestra rebeldía. Nuestras maldades. Nos trajo la paz. Nosotros nos perdimos. Cargó sobre él la maldad de todos nosotros.

La muerte de Cristo no fue accidente. No recibió su merecido. Cristo murió por nosotros. Por mí. Por usted.

Todos hemos hecho lo malo. Cosas grandes, cosas pequeñas; hemos cometido muchos errores tras los años. Eso es lo que la Biblia llama pecado. Isaías usa otros términos como rebeldía y maldades. El pecado crea una barrera entre nosotros y Dios.

Dios es bueno, totalmente bueno. Lo malo no puede estar en su presencia, tal como la oscuridad deja de existir en la presencia de una luz fuerte. Mientras llevamos las manchas del pecado, no podemos estar con Dios. No podemos recibir el don de la vida eterna en su presencia.

Cuando Pablo escribió a los cristianos en Roma, les dijo:

Todos han pecado y están lejos de la presencia gloriosa de Dios. Pero Dios, en su bondad y gratuitamente, los hace justos, mediante la liberación que realizó Cristo Jesús. (Romanos 3:23–24)

Todos hemos sido descalificados a causa del pecado.